

Del exilio interno al exilio externo

Prada-Oropeza, Renato

Renato Prada Oropeza: (Bolivia, 1937), se doctoró en Filosofía por la Universidad de Roma y en Lingüística por la Universidad de Lovaina. Es actualmente Investigador en el Centro de Investigaciones Lingüístico-Literarias de la Universidad Veracruzana (México). Ha consagrado los años recientes al estudio de la semiótica, alternando esta labor intelectual con una destacada actividad de escritor. Publicó en narrativa: **Argal** (1967), **Ya nadie espera al hombre** (1969), **Los Fundadores del alba** (1969: **Premio Casa de las Américas** y **Premio Erich Guttentag**), **Al borde del silencio** (1970) y **El último filo** (1975). La editorial EDUCA publicará, en breve, su libro **El lenguaje narrativo**; mientras que Joaquín Mortiz, la novela **Larga hora: la vigilia**.

I

Si partimos de la concepción de la obra literaria como un mensaje (estético para especificarlo), tendremos que situar su realización completa y efectiva en el proceso de enunciación que ello supone: un emisor (autor) transmite un enunciado (en nuestro caso, la obra literaria) a un receptor (el lector), dentro de los marcos establecidos por una convención (reglas de juego) y un contexto más o menos delimitado. Cualquier ruptura o ausencia de esos elementos repercute sobre la eficacia del mensaje o la anulación completa del mismo. En el acto de la enunciación literaria esta situación se torna más compleja al estar ausente física-mente el receptor y al duplicarse, de algún modo, la intencionalidad del autor por la sobrecarga estética: el mensaje literario no es meramente referencial como el del lenguaje común o científico, sino que se pretende volcado **también** sobre su misma estructura: no sólo pretende ser descodificado por **lo que** dice sino, y sobre todo, por **cómo lo** dice: además, la ausencia física del receptor repercute, de manera significativa, sobre los elementos restantes del proceso de enunciación y, lógicamente, sobre la naturaleza misma del mensaje literario; pues el escritor tendrá que conceder al lector virtual, el papel importante de instaurador del enunciado, ofreciéndole los datos y códigos más seguros para evitar cualquier desvío involuntario. Uno de los repertorios de códigos que el escritor tiene a la mano (organizado y establecido por lo que pudiéramos llamar tradición literaria) es el sistema literario en el cual quiere "insertar" su obra (ya sea afiliándose al mismo o estableciendo una oposición).

Este breve exordio no tiene otra función que servir de fondo teórico, por mínimo que éste sea, a lo que desarrollaremos a continuación con respecto a las dos situaciones anómalas posibles que se pueden presentar al escritor latinoamericano

en relación con la realización completa de su enunciado (obra literaria) en el proceso de enunciación. Restringimos nuestro análisis al escritor de relatos de ficción (sean éstos novelas o cuentos).

Así como no puede haber un enunciado fuera de un proceso de enunciación, tampoco puede haber un enunciado que no signifique algo, significación que, en definitiva, acarrea una referencia (muchas veces indirecta o connotada) a una situación humana: la literatura pura es un sueño ideológico, cuya supuesta inocencia ya fue desenmascarada hace mucho tiempo. Ahora bien, si todo enunciado (obra literaria) se refiere, de una u otra manera, a la situación del hombre en el mundo y, sobre todo, a la del hombre en la sociedad, no podrá soslayar de ningún modo la **actitud** política que sostiene y conlleva esta situación. No querer ver la actitud política del hombre en sus actos, por mínimos que éstos sean, es también una actitud política, si bien absurdamente ideológica, puesto que pretende privar de la dimensión social al acto humano.

Una obra literaria (enunciado) que no finja eludir la referencia política sino que la busque como núcleo mismo de su significación (por ejemplo, **Los Fundadores del Alba, Redoble por Rancas**) tendrá, sin embargo, que cumplir con las condiciones de todo proceso de enunciación, someramente apuntadas por nosotros. Y, entre éstas, una de las más importantes es la de insertarse en un sistema de códigos característicos y caracterizadores: tratará de ser, en primer lugar, una novela y, por tanto, exigirá del receptor la integración en ese tipo de discurso. Esto supone, obviamente, la competencia del receptor (lector) para descodificar el mensaje. Competencia que le es dada por la experiencia de lecturas anteriores. Ahora bien, la intención del escritor al lanzar un enunciado de ese tipo no puede ser otra, si es honesto consigo mismo, que comunicarse con **aquellos** que viven el problema tratado o que de alguna manera son sensibles al mismo; es decir, en las novelas mencionadas, los explotados y oprimidos. El escritor cuya situación analizo es, pues, el escritor político que tiene la intención de comunicar un enunciado a un público (lector) particularmente dispuesto para recibirlo. Sin embargo, esta intención tropieza con un obstáculo al parecer insuperable dentro de las actuales condiciones sociales de algunos pueblos latinoamericanos: el receptor virtual verdadero no puede cumplir su papel de tal, por la sencilla razón de que no tiene la **competencia** descodificadora para hacerlo: en Perú como en Bolivia, por ejemplo, el alto nivel de analfabetos, iletrados y la miseria material absoluta (entre un pan para los hijos y un libro de ficción, no hay elección posible) marginan al sujeto que **mejor** podría **comprender** el significado real de la obra literaria que habla precisamente de los asuntos vitales que le conciernen; a esto se añade el

hecho de que la obra literaria en cuestión se halla afiliada a un sistema literario que surge, no precisamente en el ámbito de la cultura americana sino europea y a la cual, quiérase o no, se subordina: la novela lleva la impronta del sistema literario y social que la sostuvieron en su origen. De ahí, que paradójicamente, el escritor latinoamericano que enfrenta la realidad más íntima y decisiva de su pueblo, tenga como receptor real al público capaz de descodificarlo desde el punto de vista del sistema literario y lingüístico, pero incapaz de comprenderlo y recibirlo en toda su proyección humana: el pequeño burgués letrado y la clase dominante, interesada esta última en asimilar su mensaje a una simple e inofensiva **literalidad**, bella si se quiere, pero inicua con respecto al descubrimiento de nuestra perspectiva social y política.

Esta situación paradójica (escribir para los que no pueden leerlo y ser leído por aquellos para quienes no se escribe), condiciona, a mi modo de ver, una de las situaciones más dramáticas del escritor latinoamericano en su patria, la cual sólo será resuelta cuando el proletario y el campesino latinoamericanos sean dueños de sus destinos y manifiesten su hegemonía real en la constitución del Estado. Esta situación, que es a la primera que quise referirme, la llamaría de exilio interno; aunque vislumbro el resquebrajamiento de este exilio en la actividad militante del escritor. La militancia política le hace sentir que su situación dramática y paradójica no es eterna y no está en la esencia de las cosas.

La situación del exilio interno se torna particularmente trágica en el clima de terror y represión instaurado por las dictaduras de corte fascista en las naciones latinoamericanas. Y esto se puede observar en dos aspectos, entre otros que no podemos apuntar ni analizar por carencia de espacio:

En primer lugar, las dictaduras fascistoides o, mejor, el Imperialismo Norteamericano que las patrocina y sostiene en el poder, ante la coyuntura mundial que puso en peligro su hegemonía por las derrotas sufridas en Vietnam y Angola, radicaliza su actitud de explotación y dominio y deja a un lado la falsa máscara democrática por el recurso más directo de la imposición y sojuzgamiento tiránicos. La siempre invocada libertad de prensa y circulación libre de las ideas como característica del Occidente "cristiano", deja de ser vigente - es decir útil - en las reservas territoriales del Imperio. Y el privilegio del restringido núcleo de lectores, de leer a los "rebeldes", se anula con un bayonetazo. El lenguaje del crimen y las balas es incompatible con el intercambio de ideas, fermento indudable del trabajo literario. El escritor, en esta atmósfera, se asfixia y **debe** callar, es decir desaparecer del escenario público, o debe emigrar a climas más benignos; es decir, desaparecer

del escenario público de sus lectores inmediatos. Todo ello en el mejor de los casos, puesto que la mano del títere homicida también puede eliminarlo del ámbito nacional, desterrándolo o asesinandolo cuando su voz alcance tonalidades "peligrosas".

En segundo lugar, el Imperialismo, al ver su hegemonía quebrantada, acelera y radicaliza el proceso de lucha de clases en las naciones latinoamericanas donde el "peligro" de independencia le parece más latente. De este modo, con la complicidad de las fuerzas armadas, inclina la balanza del flujo de masas en favor de sus representantes: las escuálidas burguesías nacionales y sus guardianes de turno. Este freno temporal impuesto al ascenso revolucionario, tiene, en el proletariado y en la pequeña burguesía progresista, sus chivos expiatorios. El escritor - que por origen de clase pertenece generalmente a la pequeña burguesía, pero que por su conciencia social se identifica con las aspiraciones de las clases explotadas, el proletariado y el campesinado - sufre el impacto de la represión brutal. Su salvación personal - su supervivencia - será lograda solamente si se acoge al exilio externo voluntaria o involuntariamente.

//

El exilio externo confiere modalidades especiales al esquema de comunicación estética esbozado en los primeros párrafos. Por una parte, ofrece una audiencia más amplia y, muchas veces, capaz de una competencia literaria fuera de toda duda (en Europa, por ejemplo). No obstante, la carencia del contexto socio-político que motivó y al cual se dirigía fundamentalmente la obra, desnaturaliza en cierta medida el alcance de su mensaje. El escritor podría darse por satisfecho si lo único que persiguiera fuese que se lo leyera y se hablara sobre él, sobre su obra; pero, el tipo de escritor que nos preocupa en este análisis, pretende actuar de alguna manera sobre lo que toma como material de sus narraciones: escribe porque es su único modo de actuar sobre la realidad, su único modo de transformar un cierto tipo de relaciones, por más que esta transformación no se refiera inmediatamente al modo de producción, sino a la conciencia de los hombres que se hallan involucrados en ese modo de producción. Así, su enunciado al cambiar del receptor primario al que estaba dirigido (y sin la esperanza de llegar a él aunque fuese por mediación de la pequeña burguesía concienzalizada) si bien gana en "área de influencia", pierde en eficacia política; se **literaliza** al neutralizarse; además la obra literaria corre el riesgo de convertirse en un **producto de consumo** (los países que acogen al exiliado son, las más de las veces, países de la órbita del Imperio) perdiendo su **valor de uso** que, aunque reducido, gozaba en su país de

origen. Nuevamente, creemos que sólo la militancia política puede ser el puente de contacto vital para el escritor desterrado fuera del ámbito natural del proceso de su enunciación, del uso de la palabra para decir algo a quien verdaderamente lo entiende y tiene necesidad de entenderlo. Todo lo demás es engaño o autoengaño, lo que es peor.